

En el relato de los discípulos de Emaús destacan los siguientes aspectos:

a). La situación de los discípulos después de la muerte del maestro:

- conservan un buen recuerdo de Él; hablan bien,
- pero marchan tristes y decepcionados;
- seguramente temían que les persiguieran a ellos.



b). Jesús les sale al encuentro:

- pero no le reconocen,
- no tienen conciencia de su presencia en medio de ellos.

c). La manifestación de Jesús. Llegan a descubrirlo y a tener la experiencia de un encuentro personal con Él:

- en la acogida del "otro" y en la hospitalidad,
- en la escucha de la Palabra: "¿No ardía nuestro corazón cuando nos explicaba las Escrituras...?",
- en la oración: "quédate con nosotros",
- en la Mesa Eucarística: "Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron" (Lucas 24, 31).

d). Vuelven a la comunidad eclesial y dan testimonio del Señor: "Y ellos contaban lo que les había ocurrido cuando iban de camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan".

Jesús Resucitado y la experiencia del encuentro con Él nos traslada:

- de la tristeza a la alegría,
- de la desesperación a la esperanza,
- del aislamiento a la comunión.

SERVICIO DE PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA

javier.sanchez@fundacionhospitalarias.org

jorgejuan.galan@fundacionhospitalarias.org

CIEMPOZUELOS (MADRID)

 **Fundación
Hospitalarias**

www.fundacionhospitalariasciempozuelos.org

19 DE ABRIL 2026

III. DOMINGO DE PASCUA

Año XV. nº 987

La
BUENA
NOTICIA
de la
SEMANA



Palabra de Dios:

Hechos 2, 14. 22-33.

No era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio.

Salmo 15.

Señor, me enseñarás el sendero de la vida.

1 Pedro 1, 17-21.

Os rescataron a precio de la Sangre de Cristo, el Cordero sin defecto.

Lucas 24, 13-35.

Lo reconocieron al partir el pan.

NO HUIR A EMAÚS

No son pocos los que miran hoy a la Iglesia con pesimismo y desencanto. No es la que ellos desearían. Una Iglesia viva y dinámica, fiel a Jesucristo, comprometida de verdad en construir una sociedad más humana.

La ven inmóvil y desfasada, excesivamente ocupada en defender una moral obsoleta que ya a pocos interesa, haciendo penosos esfuerzos por recuperar una credibilidad que parece encontrarse «bajo mínimos». La perciben como una institución que está ahí casi siempre para acusar y condenar, pocas veces para ayudar e infundir esperanza en el corazón humano. La sienten con frecuencia triste y aburrida, y de alguna manera intuyen –con el escritor francés Georges Bernanos– que «lo contrario de un pueblo cristiano es un pueblo triste».

La tentación fácil es el abandono y la huida. Algunos hace tiempo que lo hicieron, incluso de manera ruidosa: hoy afirman casi con orgullo creer en Dios, pero no en la Iglesia. Otros se van distanciando de ella poco a poco, «de puntillas y sin hacer ruido»: sin advertirlo apenas nadie se va apagando en su corazón el afecto y la adhesión de otros tiempos.

Ciertamente sería un error alimentar en estos momentos un optimismo ingenuo, pensando que llegarán tiempos mejores. Más grave aún sería cerrar los ojos e ignorar la mediocridad y el pecado de la Iglesia. Pero nuestro mayor pecado sería «huir hacia Emaús», abandonar la comunidad y dispersarnos cada uno por su camino, hundidos en la decepción y el desencanto.

Hemos de aprender la «lección de Emaús». La solución no está en abandonar la Iglesia, sino en rehacer nuestra vinculación con algún grupo cristiano, comunidad, movimiento o parroquia donde poder compartir y reavivar nuestra esperanza en Jesús.

Donde unos hombres y mujeres caminan preguntándose por él y ahondando en su mensaje, allí se hace presente el Resucitado. Es fácil que un día, al escuchar el Evangelio, sientan de nuevo «arder su corazón». Donde unos creyentes se encuentran para celebrar juntos la eucaristía, allí está el Resucitado alimentando sus vidas. Es fácil que un día «se abran sus ojos» y lo vean.

Por muy muerta que aparezca ante nuestros ojos, en esta Iglesia habita el Resucitado. Por eso también aquí tienen sentido los versos de Antonio Machado: «Creí mi hogar apagado, revolví las cenizas... me quemé la mano».

José Antonio Pagola



"Contemplando la inmensidad del océano, obra de las manos de mi Dios, me viene cada vez más deseos de amar a mi Jesús, con todo mi alma y mi corazón".

San Benito Menni (c. 133)

CAMINO DE EMAÚS

Señor Jesús,
El camino está delante de nosotros, a veces difícil e incierto.
Nos falta, Señor, la clave de tu venida y de tu
acompañamiento
Para poner orden en nuestra memoria,
Interpretar la historia pasada y presente,
Y dejar que la Palabra haga arder nuestras vidas.

En la profundidad de nuestra noche,
La noticia de tu Resurrección nos ha deslumbrado,
Tú estás vivo
Y toda vida encuentra en ti su fuente y su realización,
Su sentido y su fecundidad.

Acepta Señor compartir nuestra casa, nuestra mesa.
Tenemos hambre de palabra, de pan, de Vida, de alegría...
Vuelve a hacer los gestos del don y de la comunión.
Enséñanos a ser alimento para los demás,
Como tú mismo lo eres para todos.

Quédate con nosotros,
Camina con nosotros,
Danos Vida para llevar
la Buena Noticia a nuestros hermanos.

